

Esther Kinsky
EL RÍO

TRADUCCIÓN DE RICHARD GROSS

EDITORIAL PERIFÉRICA

La condición última de todo es ser *río*.

IAIN SINCLAIR, *Ghost Milk*



A la niña ciega



En el tiempo previo a mi partida de Londres, solía cruzarme con el rey. Me lo encontraba en el crepúsculo turquesa del atardecer. Detenido a la entrada del parque, el rey miraba hacia el oriente, donde emergía un azul profundo y brumoso, mientras a su espalda relucía el cielo. Abandonando la sombra de las matas próximas al portón, se acercaba con paso menudo y silente a la orilla del césped, dominado a esa hora por los numerosos cuervos que, alborozados, sobrevolaban en círculo el parque.

El rey extendía las manos, y los cuervos se congregaban a su alrededor. Algunos, con breve aleteo, se posaban en sus brazos, sus hombros y sus manos, alzaban de nuevo el vuelo, se alejaban un trecho y regresaban. Quizá todos ellos querían, o debían, tocarlo una vez. Así, rodeado de aquel ingente número de aves, comenzaba a imprimir a sus brazos estirados movimientos oscilantes y giratorios, como si habitara en ellos una memoria de alas.

El rey llevaba un lujoso tocado compuesto de rígidas telas de brocado prendidas con un alfiler guarnecido de plumas. Tanto los hilos de oro de las telas como el alfiler resplandecían pese a la menguante luz. El traje, con ribetes entretejidos de reluciente oro en el cuello y los puños, solamente le llegaba hasta los muslos; era de un paño duro y tieso de un color verde azulado, con motivos de plumas en

su trama. Por debajo, sobresalían desnudas sus largas piernas negras; sus pies, descalzos, tan arrugados que parecían los de un viejo, lo que producía un contraste peculiar con sus rodillas y pantorrillas, juvenilmente delgadas y fibrosas; calzaban esos pies unas sandalias de tacón de cuña. El rey era muy alto y se quedaba por completo erguido en medio de los pájaros; únicamente giraba y oscilaba los brazos, con el cuello tan rígido y derecho como si llevara el mundo entero en su tocado. El perfil de su rostro se recortaba sobre el cielo al oeste, y sólo podría decir de él que era regio, el de alguien familiarizado con lo grandioso pero también acostumbrado al abandono. Era un rey entristecido por su majestuosidad, alejado de su país, donde se le tendría por repudiado o desaparecido. Nada de su figura guardaba relación con el paisaje circundante: los enhiestos y antiguos árboles, las rosas tardías de aquel plácido invierno, el inesperado vacío de las marismas que se abrían detrás de la ladera del parque, de pronunciado declive, como si la ciudad acabara allí bruscamente. Con aquel aire fastuoso y abismado en una profunda soledad, caminaba por los linderos de aquel jardín un tanto olvidado por la metrópoli, y únicamente los pájaros, con su evanescente graznar y su negro aleteo, se solidarizaban con él.

El parque estaba desierto a esas horas. Las judías ortodoxas, que acostumbraban a pasear con sus niños por la tarde, hacía ya tiempo que se encontraban en sus casas, al igual que los chicos jasídicos que a veces veía fumar al mediodía, nerviosos y soltando risitas detrás de un arbusto, con los tirabuzones removiéndose cuando sentían frío, pasándose el cigarrillo entre ellos para dar una calada ansiosa, según notaba por la larga brasa que se encendía un instante delante de sus bocas, mientras de las ventanas de su escuela, más allá del seto del parque, llegaba un galimatías de

voces y cantos infantiles que el viento empujaba como olas en todas direcciones. Los rosales, a excepción de los que en aquel invierno de lechosa blanca y libre de heladas todavía producían flores de un rosa teñido de amarillo, exhibían escaramujos de un rojo intenso. A la hora del día en que se presentaba el rey lucían negros en el ocaso emergente.

Al pie de la ladera, detrás de unos árboles, corría el río Lea. En invierno, el agua titilaba con la claridad que se colaba entre los pelados ramajes. Al fondo, se extendía la tierra de las marismas y los prados, que, después de caer la noche, se convertía en una gran palma de mano llena de un crepúsculo que iba oscureciéndose, enhebrado a ratos por la sarta de luces de un tren que circulaba en dirección nordeste en lo alto del terraplén.

En las calles que tomaba para caminar desde el parque hasta mi casa reinaba un silencio vespertino. De tanto en tanto pasaba, esquivándome, un ortodoxo de andar veloz, rara vez niños, siempre apresurados cuando se dirigían a rezar, a una cena, a una cita, a cumplir con alguna obligación. Balanceaban sus bolsas, de plástico crujiente, llenas de pequeñas compras, sobre todo panes, que se perfilaban a través del delgado material. Los sábados y los días festivos en que el tiempo acompañaba y las ventanas estaban abiertas, la cantinela de las oraciones para bendecir la mesa se derramaba hacia la calle. Tintineos de vajilla, voces infantiles, grupitos de ortodoxos yendo y viniendo entre la sinagoga y su hogar. Al atardecer, los hombres se agrupaban a la luz de las farolas, riendo con caras relajadas al término de un día de fiesta.

De vuelta en mi piso, me asomaba al mirador de la habitación frontal y observaba cómo anochecía. Las tiendas de la acera opuesta estaban muy iluminadas; en la de Katz, un ultramarinos, se preparaban cajas hasta bien entrada la noche, pedidos de diligentes amas de casa: uvas, plátanos,

galletas, limonadas de colores. Una vez a la semana, el hombre recibía el suministro de aquellas limonadas, botellas de plástico naranja, rosa y amarillo; colocadas sobre palés, salían del camión para que el ayudante los llevara al hombro a la trastienda.

Contiguo al establecimiento de Katz, había un café con billar. Estaba abierto hasta el amanecer y a su macilenta luz se distinguían hombres, siempre negros, que, entre humaredas de tabaco y encorvando el torso, rodeaban a paso lento una mesa de billar o, inclinándose aún más, muy concentrados, se apoyaban en ella. Frente al café paraban grandes berlinas; había un trasiego de hombres acompañados por mujeres guapas de llamativos atuendos. Solía haber reyertas; en una ocasión se oyó un disparo: llegó la policía, seguida de una ambulancia, y el parpadeo de la luz azul de la sirena inundó mi cuarto.

Tras varios años, me había separado de la vida que había llevado en la ciudad a la manera como se recorta un trozo de una foto de un grupo o de un paisaje. Desconcertada ante el daño ocasionado a la imagen y sin certeza alguna acerca de adonde iría a parar aquel fragmento cercenado, vivía de forma provisional. Lo hacía en un lugar donde no conocía a ningún vecino, donde los nombres de las calles, las caras y los olores no me decían nada, en un piso con mobiliario barato en el que quería depositar mi vida de un modo transitorio. Los muebles y las cajas permanecían desordenados, y como relegados al olvido, en las frías salas, indecisos como yo, sin saber si cierto orden haría que la casa fuera más acogedora. Los objetos y yo habíamos abandonado la casa vieja a primera hora de una mañana azul, con la luna de agosto luciendo todavía en un cielo de finales de verano velado por una neblina clara, y ahora nos hallábamos en el este londinense con la mirada vuelta hacia el invierno. Sin

cansarnos, representábamos escenas de despedida que jamás tuvieron lugar. En mi imaginación, las manos y mejillas se rozaban con infinita lentitud, y de las comisuras de los ojos brotaban lágrimas. El labio inferior de cada libro, cuadro o mueble temblaba sin cesar; en todos los rincones, nuestras oprimidas gargantas emitían sollozos entrecortados; prolongábamos un adiós convertido en cicatriz antes de materializarse; cada segundo nos parecía un día y hasta el menor movimiento lo hacíamos a fuerza de un enorme esfuerzo, presos de una inefable pesadez, como entumecidos a causa de una helada intensa.

Cuando dormía, soñaba con personas muertas: mi padre, mis abuelos, gente conocida. En un cubículo situado varios escalones sobre el nivel del piso y de una longitud apenas suficiente como para estirarme en el suelo y dormir, me pasaba las horas tratando de memorizar cada detalle que veía en el patio, el jardín y el pequeño segmento de la calle, delimitado por dos casas. Y aprendí qué era la luz. Desde agosto hasta abril, leí lo que el gran arce escribía en la pared de ladrillo, horadada por una sola ventana, del edificio que había al final del jardín. El verano declinó, pasó el otoño, pasó el invierno, llegó la primavera. Con el viento del oeste, las sombras de las hojas garabateaban figuras en dirección a la parada del ferrocarril, donde un tren se detenía cada cuarto de hora en las profundas vías, a unos metros por debajo del jardín. Con un esporádico viento del norte, la última hojarasca era un llamear inquieto en la pared, bañada en una luz afilada; al mediodía, la sombra de la copa del árbol se dibujaba en el muro con la nitidez del mapa de una ciudad extraña. El invierno, después de un otoño tempestuoso, fue de una calma insólita; a la luz esmerilada y uniforme, el pelado árbol se proyectaba sobre la pared como una sombra chinesca que sólo podía adivinarse,

escribiéndome mensajes difíciles de descifrar y como llegados de muy lejos, pero que, a causa de la quieta justicia que aquella luz deparaba a todos los objetos huérfanos de sombra, no resultaban tristes.

Por las noches me quedaba despierta, atenta a los nuevos ruidos de la zona. En la parada de ferrocarril, los trenes se detenían dando largos gemidos y suspiros. Con el tiempo aprendí que los gemidos pertenecían a los trenes procedentes del centro urbano, que, poco antes de la estación, emergían de un túnel y efectuaban su parada como cogidos por sorpresa por la cercanía del andén, en tanto que los convoyes salidos de los suburbios con destino al centro suspiraban y rechinaban quedamente. En la estrecha senda que mediaba entre el jardín y el terraplén que descendía hacia las vías y los andenes, merodeaba alguien con unas muletas que chirriaban como unos muelles viejos. Aquel hombre a veces cantaba en una voz baja y grave, y a la luz de la farola su cabeza se recortaba sobre la cerca. Mientras hacía negocios con los clientes, que iban y venían, el viento acarrea los jirones de sus diálogos. A veces tenía que salir huyendo, y sus ágiles muletas se alejaban produciendo un jadeo metálico en medio de una nube de sordas pisadas producidas por quienes lo acompañaban en su fuga.

En lo alto del plano tejado de un edificio anexo se apareaban los zorros. Emitían sonidos exacerbados y bajo sus patas, convulsas y piafantes, los guijarros salían disparados en todas direcciones y golpeaban contra el cristal del cubículo. En una ocasión me asomé a la ventana y, a la luz de la farola, vi que los zorros me miraban sin moverse. Desde entonces me imaginé al hombre de las muletas con cara vulpina.

Mataba los días paseando por la zona y comencé a tomarle el gusto a cruzarme con los pálidos niños jasídicos que veía ir a la escuela o hacer compras en las resguardadas

islas de los ortodoxos. Me acordé de la niña que, años atrás, a menudo se cruzaba en mi camino por la tarde en West End Lane; de su torcida falda azul oscuro, que le llegaba hasta las pantorrillas; de sus gafas, de cristal grueso; de su fino pelo. Andaba siempre sola y, pese a su mirada, miope y miedosa, caminaba entre la multitud con tal determinación que los transeúntes se apartaban para abrirle el paso. Allí los niños eran de piel blanca, caminaban en grupos, desconfiaban de los extraños y vivían celosamente absortos en su propio mundo; lo pasarían bien, tan aislados como estaban de cuanto ocurría fuera de sus calles. Al poco de haberme mudado a la zona, me encontré con Springfield Park. Era un día encapotado y había escasos viandantes. Entre los huecos practicados en los setos para alojar los bancos, desde los que se disfrutaba del bello paisaje, paseaba un reducido grupo de mujeres africanas con abigarradas ropas. Parecían estar en busca de algo, se hablaban a gritos, mirando a uno y otro lado, o bajando la vista al suelo como para encontrar el rastro de un camino que las había llevado a aquel parque antes de desaparecer. Unas cornijas levantaron el vuelo; sus aleteos hicieron vibrar el aire; tras describir medio círculo sobre el césped se posaron en un lugar distinto y se quedaron mirando hacia los rosales, hacia las africanas, hacia mí.

En aquella cima apenas perceptible, donde el cuidado césped, con sus macizos de flores y un estanque detrás del acceso al parque, descendía de forma asilvestrada hacia el valle, la ciudad alcanzaba uno de sus confines. Al pie de la pendiente, árboles, el angosto río, y, al otro lado, un cañaveral, marismas, pastos, sauces. Las torres eléctricas, gigantes en filigrana, con las piernas separadas y la cabeza puntiaguda, como petrificados en su avance rumbo a la ciudad. Hacia el norte, las superficies celestes de los embalses.